

Estimados y estimadas unionenses:

Buenas noches. Es un gusto estar con ustedes y poder hablarles en persona en esta noche de verano. Les tengo a ustedes mucho respeto, y lo primero que les debo es una disculpa por un incumplimiento. Y les pido perdón desde el principio.

Se trata de que yo, no sé, ni puedo hacer de pregonero. Y, por tanto, no puedo esta noche pregonar nada. Ustedes me van a comprender, si me explico. Si viniese aquí a pregonar, sería un temerario. Porque, ni tengo el conocimiento ni la autoridad para atreverme a pregonar nada sobre el flamenco y sobre el festival.

Les soy muy sincero, en realidad, soy una especie de infiltrado. Y si alguien tiene la culpa de que lo sea, es su amabilísimo alcalde y alguna circunstancia mía que ahora les comentaré, y que su alcalde supo hábilmente aprovechar.

Vayamos con su alcalde. Venimos hablando de este festival desde hace tiempo, casi desde que hace un año tomé posesión de la presidencia de RTVE. Estuvimos reunidos en Prado del Rey durante algunas horas y allí me descubrió que el cante de las minas tiene que ver con el traslado de muchos mineros desde Almería a la zona de Cartagena, y con el desplazamiento consiguiente de su folclore. Y me convenció de que conservar ese patrimonio, a través del festival y de RTVE era esencial.

Pues bien, resulta que mi bisabuelo y mi abuelo estuvieron ligados a las minas de Sierra Almagrera en Cuevas, desde mediados del XIX, y que, así, mi padre vino a nacer y a vivir en el vecino Huércal Overa.

Total, que entre una cosa y otra, los dos, su alcalde y yo, entendimos que las posibilidades de colaboración de RTVE con el festival eran muchas y muy interesantes. Pero, cuando ya estábamos completamente de acuerdo, me lanzó la trampa: ¿aceptarías ser el pregonero? Y yo, abrumado ante tanta amabilidad, ¿cómo iba a decir que no? Luego, he comprendido que en esa invitación-trampa, se encerraba un reto: que lo que podíamos firmar en despachos como un mero convenio entre partes, se convirtiera en una experiencia auténtica, en un encuentro real y personal.

Así que, desde entonces, y sin saberlo, estoy en ese reto. Que consiste en ser capaz de establecer un vínculo necesario entre el cante de las minas -este festival- y la radio televisión pública del estado que presido. De modo que a resolver este reto he venido esta noche aquí y no, exactamente, a pregonar.

Se trata, pues, de narrar la experiencia de este conocimiento. Muy bien, vamos a afrontarlo del siguiente modo, como hacen dos personas o dos partes que acaban de encontrarse: presentándose mutuamente. Pero, como solo hay aquí un atril, déjenme que yo represente a las dos partes desde mi humilde punto de vista.

El conocimiento mutuo

Primero, voy a tratar de presentarles a ustedes. Perdonen el atrevimiento. Y, luego, trataré de presentarles RTVE a ustedes.

Sé que casi todo va a resultar obvio, porque ustedes saben quiénes son y qué es el festival, y, por supuesto, saben qué es RTVE desde hace mucho. Pero, a veces repasar las obviedades no es banal, y permite generar una divergencia y da lugar a un punto de fuga creativo, a una especie de reinención. Recuerden, en cualquier caso, que el objetivo es piadoso: que trabemos un mejor conocimiento mutuo, y que establezcamos un vínculo entre nosotros que pueda ser duradero, y responda a un auténtico compromiso, que sea el principio de una sólida amistad.

Déjenme decir, primero, lo que ustedes ya saben: **que el festival del cante de las minas no es un festival cualquiera**. No es solo una actividad cultural que se celebra para atraer visitas y complementar las actividades turísticas. Es algo más. Es un certamen que conecta con la historia modesta, escondida, de un pueblo sin héroes -o de héroe colectivo-. Alguno diría que conecta con la intrahistoria: con esas raíces fluidas invisibles que sostienen la vida cotidiana. Por tanto, este festival tiene algo de ritual, de congregación comunitaria en torno a unos sentimientos y valores que tiene raíces populares. Es de hecho, una especie de celebración laica profunda.

Es, por otra parte, un festival que **celebra un sentimiento bien marcado: el quejío**.

Lo que se celebra cada verano, desde hace muchos años, es **el sufrimiento de quienes trabajaban en las minas, de quienes vivieron y murieron en torno a ellas**. Para ellos, cantar fue, además de una distracción, un rito de congregación que les ayudaba a redimir sus penas diarias. Y para nosotros -mediante un ejercicio de memoria histórica, y en una representación de esa antigua forma de redención- funciona como mito de salvación. Experimentamos un dolor que, de alguna manera, a través de una especie de catarsis, nos salva.

Pero también se celebra una cierta esperanza. Si el quejío fue, en su día, la expresión de la desolación que se siente en la pobreza ante la evidencia de la desigualdad, hoy ese quejío, en tiempos democráticos, nos suena más a rebelión y a lucha. No es puro nihilismo, sino que es el paso previo al esfuerzo por cambiar y abolir desigualdades. Esta es, hoy, parte de la fuerza de este festival, y en ello reside su singularidad con respecto a otros certámenes. Que es, en sí, un mensaje de cambio.

Pero hay más mensajes, este festival es, también, la evidencia de que la creatividad (en este caso musical) puede surgir de un trabajo duro y constante y de un mínimo tiempo libre.

El cante de las minas es la demostración de que la creatividad puede brotar en condiciones difíciles. ¡Qué mensaje para hoy en día, cuando el tiempo libre se suele consumir banalmente, y cuando el trabajo es tan precario que, como han dicho muchos, está contribuyendo a la corrosión del carácter y la personalidad! Trabajar duro engendra fortaleza y creatividad.

Pero, en fin, si tuviésemos que resumir en una expresión, diríamos que el festival del cante de las minas, como diría Lorca, tiene duende. O sea, esa furia abrasadora, ese ritmo corporal, y pulsional, que viene de lo hondo, y que triunfa -precisamente- cuando rompe todas las expectativas, cuando revienta todas las seguridades y se encuentra con lo singular.

El duende de este festival es -máxime después de la pandemia- la celebración del cuerpo vivo, y la novedad radical de lo irrepetible, de lo que solo puede vivirse en instantes únicos.

Así veo yo el cante de las minas, un volcán que brota de lo más profundo del ser humano, que entronca con lo más emotivo y dionisiaco de nuestra existencia. Un arte que es capaz de arrebatarlos y de subyugarlos.

La radio y la televisión

Y ¿qué representan, por otra parte, la televisión y la radio hoy en día?

Hemos dicho que el cante de las minas es profundo y que viene de lo hondo. Pues bien, en el negocio de la televisión, lo que priman son otros valores: especialmente, la superficialidad.

Les explico. En televisión vende lo que no cuesta de entender, lo evidente; de modo que prevalece casi siempre, esa especie de superficialidad que llamamos banalidad.

Vamos a veces, tan rápido, que solo decimos tópicos, lugares comunes. Que no nos paramos siquiera delante de la realidad, que, ante ella, preferimos usar el cliché y las convenciones. Esta es la más profunda operación de desinformación a la que nos enfrentamos. Porque cuando la televisión recoge algo de realidad de la vida, tiende, inmediatamente a convertirla en show, en espectáculo. Lo del *reality show* viene a ser, casi todo, fingimiento.

Digamos en nuestro descargo, lo que decía Valery: que la banalidad el estado normal de nuestra mente casi la mayoría de las 24 horas del día. Pero ¿quién discutirá, entonces, que producimos muchas banalidades, y, la mayoría de ellas, de un modo muy solemne? ¿Quién discutirá que, así enmascaramos la realidad y el cambio?

¿No ve ustedes el contraste tan grande entre este modo de proceder y la profundidad que revela el cante?

Veamos más.

El cante, ya lo hemos dicho, busca lo singular, lo irrepetible: el duende. Nosotros en la radio y en la televisión, en cambio, estamos todo el día tratando de repeticiones: series, y de formatos. Series y formatos que se parecen los unos a los otros como gotas de agua en un océano inmenso.

También, todo el día tratamos con caras y rostros todos parecidos. Todo repetición. Cánones de belleza que son repeticiones archiconocidas y que, muchas veces, se fabrican con la cirugía estética.

Otra vez, ¡qué distinto es el duende del cante!

Por otra parte, *el* baile y la danza flamenca son corporeidad pura, tacto, olor, cercanía. El flamenco es arrebató, participación de todos los sentidos en una experiencia única.

En cambio, en la televisión estamos todos lejos -visión de lejos-. Poca relación, pues, con esta corporeidad y esta singularidad de espacio. Alguien ha dicho, que con la televisión se enfriaban las emociones personales. Y, si no es del todo así, sí

que es cierto que la televisión tiende a la comodidad del sofá (algunos documentales de la 2, por ejemplo), mientras el cante flamenco nos activa y nos une a los que tenemos cerca.

Resumiendo, ¿cómo es la televisión de nuestros días? Pues, muchas veces: superficial, banal, repetitiva, tópica, estandarizada, acomodaticia, en fin.

¡Qué distinto, pues, ese duende flamenco! Ese que representa la novedad radical, lo singular. Que supone precisamente la ruptura de las expectativas y la sorpresa súbita.

La piedra de toque

Pero es, justamente, esta incompatibilidad entre una televisión industrializada y un festival singular lo que pone en valor la utilidad del encuentro entre la Unión y la radiotelevisión pública.

Es, justamente esta divergencia entre uno y otro, lo que puede provocar una amistad duradera. La diverge común: que tanto la raíz de lo popular, como la televisión se encuentra en un punto límite y de inflexión. Ambos corren el riesgo de sucumbir y de morir ante fuerzas extrañas: la de la industrialización global, que funciona como una apisonadora de la singularidad. Estamos ante un momento, de verdad, sublime e irónico. Un momento en que lo popular orre el riesgo de sucumbir ante la estandarización de la industria cultura, y un momento en que la televisión, tal y como la conocemos, puede sucumbir ante las plataformas.

Pero de este encuentro entre un festival popular y una televisión con voluntad de sobrevivir, puede nacer el cambio, o sea, un tiempo duende. Porque es el duende de este festival, lo que puede hacer cambiar a RTVE. Y es la lucha por la supervivencia de la propia televisión, lo que puede salvar lo popular que hay en este festival.

La vinculación ente uno y otro puede servir de punto de fuga creativo y de oportunidad para reinventarnos mutuamente. Lo que, dicho con ese lenguaje alquímico que empleamos tan a menudo en la música: tal vez, estemos ante una oportunidad para la fusión.

La televisión va a permanecer solo si sabe enredarse en lo popular. Y lo popular, solo si sabe convivir con lo audiovisual.

La televisión, así, tiene que perder la distancia de la solemnidad y hundirse en la experiencia de la proximidad. Tiene que saber sacar ventaja de la escala de la globalidad, para ser capaz de narrar la autenticidad.

Tiene que evadirse de la banalidad y la superficialidad, para sumergirse en el punto de singularidad que tiene la vida humana. Tiene que evitar los tópicos y clichés para hacer de cada secuencia, de cada perspectiva una exploración, una búsqueda.

La televisión tiene que alejarse de la masificación repetitiva para buscar la emoción de las personas.

La televisión no puede ser un masaje cerebral continuo, sino un mensaje humano constante.

La televisión no tiene que ser desinformación por saturación, sino que tiene que crear sentido a través de la emoción.

La televisión no tiene que ser populista (para la manipulación) sino popular, por tradición.

La televisión no tiene que ser la ritualización de la cultura de la queja y la insatisfacción (que tiene mucho que ver con el consumismo), sino la del quejío como rebelión y esperanza.

La repetición no puede ser la base de la televisión, sino que debe ser la invención constante lo que debe motivarla.

En fin, que esto lo podemos aprender de ustedes. Y podemos así reinventarnos.

Y pienso que lo que tiene de popular y diferente este festival puede ser la base del renacimiento de los valores auténticamente populares, como son el trabajo, la lucha, la aceptación de la realidad, y el coraje. Todo, pues, lo que está en la base del canto de las minas.

Así que este es el reto que acepto solemnemente ante ustedes, en este aparente pregón. Tenemos mucho que hacer juntos. Ha empezado una nueva amistad. Y podemos aprovechar su calor para reinventarnos.

Son tiempos difíciles e interesantes, no quiero recordarles ni la inflación, ni la guerra, ni los movimientos geoestratégicos ni el cambio climático, ni nada a lo que no estemos ya fatalmente acostumbrados.

Les quiero recordar que estamos hechos para reinventarnos y para la esperanza que cada instante puede ser un renacimiento, una fusión con la vida. Y que debemos estar en esto, más allá de banalidades.

Hay que cambiar y aspirar. Hay que luchar y no rendirse. Solo hay derrota cuando esta se acepta.

La televisión y el cante tiene futuro. Juntos y por separado. Pero juntos habrá más futuro.

Estimados amigos amigas, estimado alcalde: vaya el compromiso, por mi parte y por la de RTVE de reinventarnos juntos.

En tiempos de plataformas, lo que vale es la Unión, el coraje y saber ser diversos.

Viva la Unión, viva su cante.